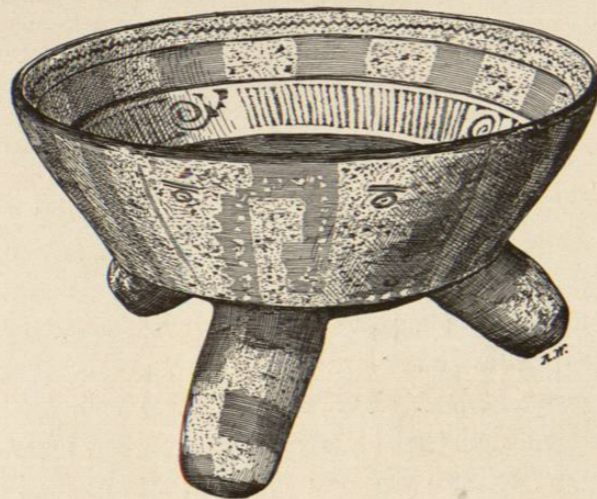


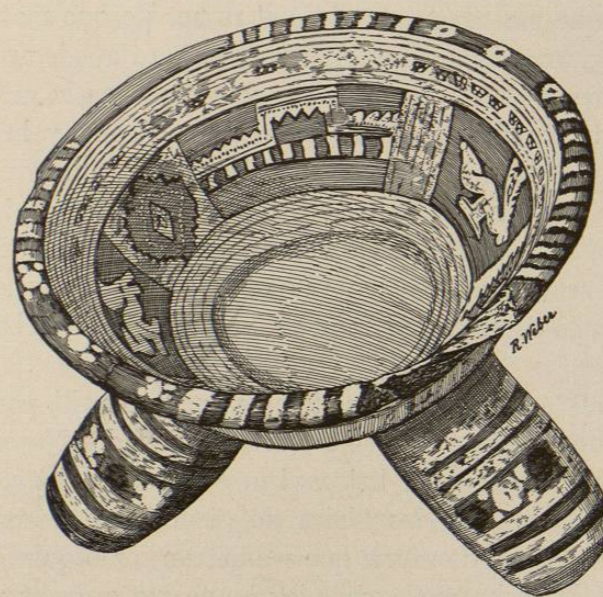
época presente. Á los pocos días, pedí permiso al alcalde y al cura para practicar excavaciones en el cementerio, y tan complaciente fue el último, que me ofreció los servicios de su criado á fin de que me ayudase á desenterrar á un indio que, á la edad de cien años, había muerto hacía nueve; tarasco legítimo, miembro de una de las más viejas familias y de tal vigor físico, que, según al sacerdote mismo le constaba, ya viejo le estaba volviendo á crecer el pelo, apenas cano, y era muy ligeramente calvo de la frente.



Vasija antigua de barro cocido, de Cherán. Colores principales: rojo y blanco. Diámetro, 21.5 cm.

Mientras el cura iniciaba las excavaciones prometiendo recoger cualquier cráneo que llegara á encontrarse durante el día, me fui, con el ánimo sosegado, en compañía de Don Sebastián y su mujer, y llevándome cuatro peones, á ver la conocida yácata cercana. Estaba situada sobre la falda del Cherán, próxima al pie del cerro, construída de piedras y cubierta de tierra. Como cien varas al sur, había una sementera que se extendía sobre el antiguo pueblo de Cherán, cuya fuente, según la tradición, había sido tapada por los antiguos. Sobre la misma falda, pocos pasos arriba de la yácata, llegamos á uno, y luego á otro pequeño terra-

plén, ambos cubiertos de pinos, y de una área cuadrada como de veinte varas por lado. En el segundo terraplén había cuatro montículos, uno en cada esquina, y ascendía de allí mismo una doble trinchera como unas cincuenta varas arriba de la falda. Dicha pared tenía evidentemente alguna relación con la yácata. Poco tiempo antes, al abrir un camino para la cumbre de la montaña, se había exhumado un esqueleto treinta varas al sur de las pequeñas terrazas, y cavando en



Vasija antigua de barro cocido, de Cherán. Colores principales: rojo y blanco. Diámetro, 17.3 cm.

el mismo sitio encontré dos vasijas de barro, con tres pies, hermosamente pintadas.

Volví por la tarde muy satisfecho del resultado de la jornada y esperando que también el cura habría tenido buena suerte; pero presto supe que sus bondades para conmigo habían puesto al buen hombre en aprietos, y que yo estaba causando en Cherán el gran escándalo del siglo. Algunos individuos hostiles al sacerdote, juntamente con el hijo del muerto que se trataba de desenterrar, habían

amenazado con hacer arrestar al cura si en el acto no se suspendían las excavaciones. No obstante, pues, la noble y generosa oferta del último, de solicitar la posible protección de los *rurales* ó policía federal mexicana, desistí de la empresa, considerándolo como lo más prudente.

Todo esto contribuyó á hacerme más sospechoso para los naturales, que jamás habían conocido en ningún hombre conducta como la mía. Pronto se difundió en la ciudad el miedo que me tenían y cundió el rumor de que mataba á la gente, especialmente á las mujeres, para apoderarme de sus cabezas. Cada vez que me presentaba en la calle me dirigían las indias miradas de receloso encono, y huían á toda prisa tapándose la cara. Cierta vez, una que iba cargando un cántaro de agua lo dejó caer en la precipitación de su fuga. Los hombres, tomando las cosas con más calma, se congregaron en pequeños grupos y resolvieron que si algo sucedía á las mujeres, me alojarían una bala en el cuerpo.

Mucho, sin embargo, me faltaba que hacer allí, para dar á los indios el gusto de verme salir de la ciudad. Necesitaba excavar la yácata que había visto en la falda del cerro y recoger algunos de los ídolos de piedra que abundaban sobre las cimas, de suerte que me detuve como quince días más, á despecho de la enemistad que me rodeaba por el delito de haberme manifestado impaciente con los indígenas. Considerábanme la causa de todo lo malo que ocurría, como granizadas, fuertes aguaceros, abortos, etc. El jefe de la policía de un pueblo próximo declaró á Don Sebastián esto: "El Anticristo está en Cherán. No debemos venderle nada, y necesitamos cuidar mucho la puerta de la iglesia para que no entre en ella." Pocas semanas antes de mi llegada, hubo un embustero que viera á un hombre de un solo ojo cortándoles la cabeza á los indios, y pensábase ahora que era yo el misterioso personaje. Las madres les impedían á sus hijos que lloraran con sólo mencionarles mi nombre;

un borracho logró que le perdonase su mujer amenazándola con que se entregaría á mí, y no faltaron necios que preguntasen al cura si no sería mi propósito, al comprar tantas cosas, llevarme el pueblo entero.

Fotografiarse era consentir en una muerte segura; ni el cura mismo consiguió que se resignaran á ello otros que sus criados tarascos, cuyas fotografías tuve que tomar dentro del curato. Sin embargo, desde una ventana de su casa, logré recoger las de algunas mujeres cuando iban á la fuente, y me acompañó para subir á un cordón, desde donde pude tomar la vista de Cherán y del hermoso valle. Prestóme otro servicio mucho mayor aquel bondadoso sacerdote, dictándome las etimologías de los pueblos tarascos, pues hablaba dicha lengua tan bien como los indios, y era persona de buenas dotes. Tan grande amistad hicimos, que me expresó una vez sentimiento de que yo no perteneciera á su credo, diciéndome: "Usted debería ser de los nuestros, pues nuestra iglesia es la que da mejores garantías."

Varios años, en cumplimiento de su deber, había estado luchando contra la persistencia de ciertas costumbres de la población, logrando abolir algunas, tales como las exageradas fiestas á los santos, que no ocasionan sino la degradación de los indios en la senda de la civilización. Pimentel observa con razón que, bajo el pretexto de adorar á las imágenes de la iglesia católica, no hacen los indígenas en realidad más que reverenciar á sus antiguos ídolos. Se celebraban anualmente sobre veinte de dichas fiestas, cada una de las cuales duraba ocho días ó más, y como las tenían que pagar los guardianes de los santos, no sólo había muchos que se arruinaban, sino que recurrían al hurto y al robo para allegarse fondos. Un hombre de buenos recursos que había tenido á San Francisco á su cargo durante un año, se vio en la necesidad de vender su casa y cien ovejas, que era todo lo que poseía, para servir á Dios, según sus propias palabras, quedando en la miseria. Acompañaba á las

fiestas una embriaguez sin medida, pues sin aguardiente no las consideran buenas los indios, que nunca dan cumplimiento á las órdenes de Dios sin emborracharse. Para reprimir este mal, tuvo el cura que recurrir á medidas radicales, como fue abolir el cargo de guardián de los santos, y aun recoger las imágenes y "encarcelarlas," según decía él á los naturales, para que la gente no tuviese á quien festejar.

Prohibió asimismo la costumbre de robarse á las muchachas para casarse con ellas, y suprimió la fiesta de los elotes así como el hábito de bailar todo la noche para velar á "un ángel." Abolió finalmente las ceremonias relacionadas con el periódico techamiento de la iglesia; el que los individuos encargados de ésta permaneciesen en el bosque por varias semanas, con sus familias y parientes, haciendo tejamaniles; las fervientes oraciones matutinas, y la música y baile nocturnos.

El vivo interés del cura y mi propio empeño me sirvieron no sólo directa, sino aun indirectamente. Don Sebastián, para no ser menos que el sacerdote, invitó á varios de sus más adictos conocidos á su casa para que yo los retratase. Una vieja, á quien fue preciso asegurar solemnemente que no la degollarían, todavía protestó con violencia y se puso muy enojada cuando la cogí por el brazo para ponerla derecha. El rico alcalde comenzó también á mostrárame mejor dispuesto. Había ido una vez á México "para ver como era" y había visitado otros lugares distantes, con lo que se le había ensanchado el entendimiento. Por otra parte, su graciosa hija, la belleza del pueblo, se había enamorado de mi criado Ángel, que no cesaba de visitar su tendajoncito. Sin duda había hablado bien acerca de mí, y la familia comenzó á mirarme favorablemente. Á ellos debí, por último, conseguir los hombres que necesitaba para las excavaciones.

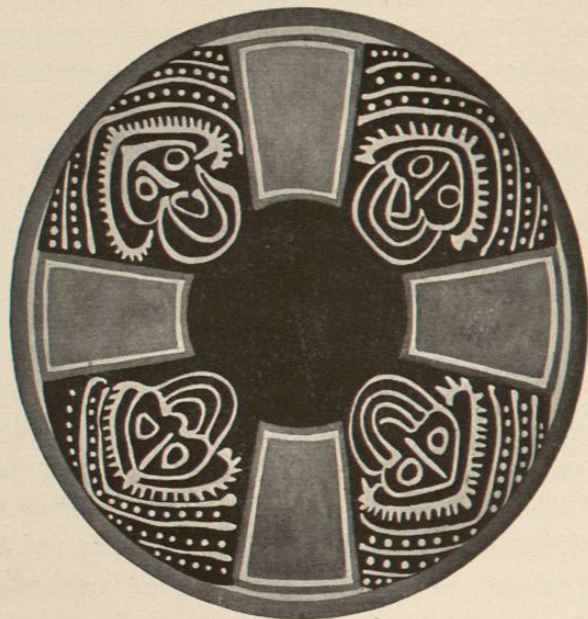
Cuando abrí al fin la yácata, encontré en su interior una

masa de guijarros, detenida por la base con un tabique de lajas, como de pie y medio de gruesas. Corté éste; mas para seccionar el montón de parte á parte, se hubiera necesitado gastar demasiado, por lo que á los seis días di de mano el trabajo. Sólo se habían encontrado dos figuras de piedra, muy toscas, formadas simplemente de largas piedras naturales en que se habían picado, del modo más rudo, las facciones de caras humanas. Las piedras eran muy gruesas, con cuellos y cabezas pequeñas; y se requería buen esfuerzo de imaginación para reconocerles forma de estatuas. Me resisto á creer que hubiese otro cosa en aquel montón de piedras; pero los indios aseguraron que habían oído que sonaban campanas dentro de la yácata como en otras que hay más arriba en el seno del silencioso pinar que cubre los flancos del cerro.

El día de San Francisco había feria en Cherán; llegaron de los alrededores, especialmente de Pátzcuaro, cargamentos de legumbres, sobre todo de chile, y la población se dedicó al jaripeo, que es la diversión favorita de la localidad. Dispónese un corral, colocando gradas al rededor para el público. Cuando sale el toro, lo lazan y derriban para que alguien lo monte. Para detenerse, dispone únicamente el jinete de una cuerda que se sujeta en torno del cuerpo de la fiera, que cuando se levanta, comienza á respingar, tratando de tirar al que carga, quien necesita, para no soltarse, enorme acopio de serenidad y de fuerza. El juego es divertido de ver y mucho más humano que las corridas de toros, aunque bastante peligroso para excitar el interés. Debería sustituir al otro espectáculo.

Ángel, que me había acompañado á la arena, gritó de pronto, presa del mayor entusiasmo, que él también quería jinetear. Tomáronle al punto la palabra, y todos se reían pensando cuán presto é ignominiosamente sería derribado aquel forastero; pero contra lo que se esperaba, montó con osadía, se asió del pretal y esperó con firmeza á que el animal

se levantara. Á pesar de todos los saltos y rápidas vueltas del rabioso toro, se sostuvo en su puesto con gran sorpresa de los burlones y profunda satisfacción de su novia y de la familia de la misma. La muchacha estaba muy enamorada del bien plantado mozo; pero reflexionando éste que era rica, y la gran distancia que había entre Cherán y su propio pueblo, que no quería abandonar por ella, acabó por resol-



Amplificación del fondo de una vasija antigua de terracota. Colores: negro, rojo, y blanco. De Cherán. Diámetro, 15 cm.

verse á no casarse con la joven. Advertí muy pocos mexicanos en la referida feria.

De las varias excursiones que hice por los campos cercanos, la última fue al norte, al punto más alto de la cumbre, desde donde tomé una hermosa vista de Tangancícuaro. Derívase este nombre de *Tangancecua*; "estaca ó pértiga"; como la localidad es muy húmeda, los habitantes han tratado de mejorar las cosas clavando palos en el suelo. Aun la laguna de Chapala se puede ver desde dicha altura.

En el momento de estar empacando mi cámara, llegó envuelto en su china y armado de su pistola el herrero de Cherán, mexicano con quien había trabado conocimiento. Su presencia me fue satisfactoria, pues sólo me acompañaban Ángel y otros dos indios, y la gente que habíamos encontrado por el camino no parecía verme con buenos ojos.

Había comenzado á llover con fuerza. Mientras estuvimos bajo un árbol para refugiarnos lo mejor posible del aguacero, me estuvo diciendo el herrero que me convendría mucho más ir á Zacapu, donde vería el palacio del rey Caltzontzin y "multitud de muertos." Se habían extraído de allí muchas cosas curiosas. Me refirió casi con elocuencia la historia del lugar, contándome cómo comía en Zacapu el antiguo monarca la comida que le hacían en Tzintzuntzan, á treinta ó cuarenta millas de distancia, y que á todo carrera le llevaban diariamente por un camino subterráneo.

De vuelta en Cherán, consulté al sacerdote acerca de las ventajas arqueológicas de Zacapu, y como me asegurase que el herrero estaba en lo justo, determiné ir á dicho lugar, situado á sólo un día de camino al noreste de Cherán, aunque la dirección fuese opuesta á la que intentaba seguir. Como el herrero mantenía muy buenas relaciones con los indios, lo convencí á que me acompañase por un peso diario. Ángel me encarecía que no saliese de Cherán sin escolta, asegurándome que, como había andado mucho entre la gente, había oído á los naturales hablar muy amenazadoramente acerca de mí, y que aun una noche me había seguido un hombre con la intención de asaltarme, creyendo, como muchos otros, que andaba yo atentando contra la vida de las mujeres; pero comprendiendo por mi parte cuanto se alegraría la población de ver marcharse al aborrecido extranjero,



Cabeza de piedra. De Cherán. Altura, 24.3 cm.

juzgué que el peligro era muy improbable, y resolví salir como de costumbre.

Al ir cruzando mi expedición las torcidas calles de la ciudad, me encontraba por donde quiera con el insólito espectáculo de caras sonrientes, cual si todos comenzasen á respirar con desahogo.

Pronto se apoderó de mí el mismo sentimiento, al atravesar por el adorable paisaje, entre campos de sembradura y colinas revestidas de pinos: cualquier cambio era preferible al miserable cobertizo de Don Sebastián y á las semanas trascurridas en medio de manifestaciones de uraña desconfianza y mala voluntad, sin más compensación que la noble amistad del señor cura.

## CAPÍTULO XXIV

NOMBRE DE TRIBU DE LOS TARASCOS—SUS CARACTERES FÍSICOS—ASEO  
—SALUD—ENFERMEDADES—CONOCIMIENTOS MÉDICOS Y QUIRÚRGICOS—TEMPERAMENTO COLÉRICO—GRANDES ARTESANOS—REBECAS  
TARASCAS—CEREMONIAS MATRIMONIALES—RIGOR DE LAS SUEGRAS  
—EL MAL DE OJO.

LOS tarascos nunca se aplican ese nombre, sino el de *purépecha*, palabra cuyo significado es incierto; ni es más claro tampoco el origen de la palabra *tarasco*, “yerno,” aunque hay varias tradiciones relativas á él.

Por el color se parecen mucho á las otras tribus indias que visité, pero aprovecho esta oportunidad para consignar que allí, como en dondequiera, observé con sorpresa que á las familias que durante varias generaciones se han mezclado con otras tribus y con los blancos, se les llega á poner la piel mucho más oscura. Muchos de los llamados *mixtos* son varias veces más trigueños que los indios puros, lo que especialmente podía notarse en la congregación de gente que había visto en la fiesta del Cristo de los Milagros.

Aunque muchos tarascos tienen dientes malos é irregulares, poseen, los más, dentaduras magníficas, de piezas pequeñas y perlinas. Tienen los caninos, al parecer, como los incisivos, y los dos dientes frontales de en medio, en la hilera superior, están colocados como los de los huicholes. Según el Dr. N. León, entran los niños en la dentición de los seis á los nueve meses. Pueden andar al año y medio, y hablan á los dos años. La letra l no existe en lengua tarasca.

Las mujeres, para descansar, se encuclillan doblando